

La experiencia de “Voluntarios por siempre”

Gabriela Arias

Educadora de la Fundación Salesiana PACGS - Cuenca

En una sociedad en la que cada uno busca superar al otro, el pensamiento de que el tiempo es «oro» lo relacionamos con el dinero y no lo valoramos más allá como una entrega importante para una misión. Tuve la oportunidad de conocer la propuesta del Voluntariado gracias al grupo salesiano de *Voluntarios por siempre*, quienes extendían la invitación a ciertos colegios fiscales que no han tenido mayor vínculo con la Familia Salesiana; de manera que mientras cursaba 3.º de Bachillerato, mi «proyecto de vida» aparentemente estructurado, volteó totalmente, las preocupaciones y pensamientos no serían únicamente el aprobar el año, graduarme e inscribirme en la Universidad para Secretariado Bilingüe Ejecutivo, como había planeado; ahora más bien debería empezar a formarme para la mejor experiencia que marcaría mi vida.

Inició la gran experiencia con múltiples cuestionamientos, temores, desafíos, luchas contra ideas machistas: «eres mujer, corres mucho peligro», «no sabes hacia dónde vas», «te enamorarás y vendrás embarazada» (como si uno por ser mujer no tuviera el derecho, la obligación de cumplir sus sueños), «es una pérdida de tiempo», «pierdes un año de tu vida», «no sabes qué tipo de gente vas a tener que tratar», ideas propias de una sociedad desconfiada, que a veces no da cabida a nuevas formas de felicidad, aquella que emana el servicio, de una aventura sana llena de retos y desafíos, aventura que no suele ser compatible con la lógica de «superarse» o más bien «superar al otro» y «no perder el tiempo».

Así es como inicia una vocación de servicio, dentro de aquel mundo salesiano que desconocía en tiempos pasados, y que se iría descubriendo cada tarde de formación, cada preparación para misiones en Semana Santa

y de manera especial se remarcaría en cada encuentro con niños y jóvenes, los favoritos de Don Bosco.

En la Casa de Acogida Mercedes de Jesús Molina, lugar que me acogería durante un año lectivo, se fueron descubriendo distintas realidades de cada destinatario/destinataria, situaciones, que de no haber abandonado ese destino pensado, mas no sentido, no las habría descubierto jamás, acaso ¿porque la sociedad no las presenta de manera veraz? ¿Por la falta de observación que supere el ámbito superficial? O simplemente porque, el mirar por televisión, leerlas en la prensa o escucharlas no es igual de efectivo que palpar directamente la realidad.

Recuerdo la mirada de cada niño/niña que la Casa acogía, a quienes no les facilitaron las mismas oportunidades que deberían tener todos los niños y niñas, quienes a pesar de sus dificultades y experiencias complejas, tienen la fuerza para salir adelante.

Cada rostro, cada historia me impactaba más, desafiándome a ser mejor para darles lo mejor, que es poco a comparación de lo que recibí de ellos, quienes con su sinceridad propia, por muy cruda que fuere la manifestaban sin temor.

En la labor de voluntaria en aquella casa iba desde el despertarlos a las 5:30, vigilar que se bañen, peinarlos, ayudarlos para asear los dormitorios, vigilar que desayunen, enviarles la colación, ir a las escuelas para dar acompañamiento a su situación escolar, (recibíamos diariamente reclamos de los profesores, quienes no comprendían la manera de tratarlos, que solicitaban que los cambiemos de Institución), con aquellos que se integraban y no estudiaban, debíamos enseñarlos a leer, escribir, matemática, etc., retirarlos de las escuelas, acompañarlos en sus tareas cotidianas, escolares, lúdicas, de salud hasta que por la noche los acostábamos con un canto, una oración y un beso de buenas noches (que reclamaban cuando alguien más los acostaba) el trabajo exigía estar alerta; aquellos niños que habían sufrido violaciones, se despertaban en la noche e iban a las camas de sus compañeros, exigiendo nuestra vigilancia permanente, que consistía en permanecer en el dormitorio hasta estar seguros de que estén dormidos y rondar la habitación en horas de la madrugada.

Habían momentos en los que el cansancio era inmenso que amenazaba con hacerme desanimar, sin embargo, la sonrisa al despertarlos debía estar en mi rostro, ellos debían sentir que lo que hacía, lo hacía con gusto; me repetía una frase de Don Bosco: «Ya descansaremos en el paraíso» y comenzaba un nuevo día.

En experiencia pedagógica pese a la formación con base en videos, textos, testimonios, se fue moldeando en la cotidianeidad, el Sistema Preventivo se dificultaba más en su aplicación, no se debía emplear únicamente en una colonia vacacional para que niños y niñas se diviertan y motivarlos a participar, más bien, debíamos educarlos, como una madre hace con sus

hijos; en cumplir normas que requerían ser negociadas y aquellas que no estaban en tela de discusión como las de aseo, nutrición, educación (aquellas cosas que no les gusta mucho a los destinatarios) cuando es necesario canalizar y empatar el Sistema Preventivo en un lugar donde quienes trabajaban con los destinatarios no lo habían escuchado, recuerdo que ciertos educadores ante la *suavidad* de las voluntarias frente a los comportamientos, en alguna ocasión nos dijeron «cuando sea necesario, un jalón de orejas les permitirá aportar a la educación de los niños», jalón que indicaban que muchos de adultos con el tiempo agradecemos, situación que con el tiempo pudimos canalizar y lograr un equilibrio entre la ternura propia del amor hacia los destinatarios y la firmeza propia de ese mismo amor, aplicando un sistema preventivo a quienes conocen únicamente la obediencia por medio de gritos y maltratos, hasta que se les presenta alguien que los trata con amabilidad y respeto indicándoles el porqué se les pide aquello, dificultando la labor, haciéndola más demorada pues con un solo grito se logran las cosas rápidamente pero no de manera eficaz, mientras que aquello que más trabajo cuesta, lograra educar de verdad con bases sólidas, razonables y que quedarán plasmadas en sus recuerdos a efectos de que reproduzcan esta experiencia en su entorno carente de este tipo de pedagogía.

Es importante mencionar lo complicado que resulta el cambio del rol continuo que a lo largo de los años uno mantiene de hija, que responde únicamente por uno mismo, al llegar a ser responsable de un grupo diverso de niños con distintas realidades, culturas, hábitos.

Nunca fue fácil, ni al comienzo ni al final, pero siempre fue placentero, poco a poco fui logrando ganarlos y adquirir autoridad, aunque hubieron veces que manifestaron «usted es mala» cuando se les exigía hacer algo o se les corregía, (frase que la mayoría dice cuando es pequeño y después agradece esa firmeza y aquel aprendizaje) a veces las voluntarias ya no éramos sus preferidas, cuando iban voluntarios temporales, una tarde simplemente para jugar o regalarles golosinas, porque el rol (que habíamos desempeñado antes) ya no era el mismo, pero sabemos que contaban con nosotras para cosas importantes, cada acto por pequeño que fuere les demostraba amor, que en la mayoría de situaciones no sintieron en su seno familiar, el brillo en sus ojos que emanaba ante un abrazo, un juego, cuando los representábamos en la escuela, cuando se les daba un agua de remedio, etc.

Aquellas palabritas al oído, cuando un niño se portaba mal, eran mágicas, lograban que se sienta amado y a la vez comprometido con mantener un comportamiento adecuado, pese a la dificultad y la demora en resultados evidentes, era un largo proceso.

La ventaja de la pedagogía por no ser infalible, es que a uno le exige creatividad y autoformarse a diario, pues cada destinatario es diferente y por tanto responde a distintas formas de trato, para lograr que uno realice su deber a veces debía jugar un momento con él, con otro simple-

mente llamarlo, otro indicaba no tener, uno debía buscar en su mochila, con otro salir a caminar un rato, unos descansaban en el momento de la colación y otros no lo hacían hasta culminarlo, de igual forma al momento del aseo, con unos resultaba más rápido, con otros había que negociar, era tan variadas las estrategias con cada uno.

La pedagogía del diálogo, mirándolos a los ojos, de agacharse para poder encontrarse con su mirada, resultó importante en todo momento, en muchas ocasiones los educadores no conseguían información, y en el juego, en los paseos lográbamos saber asuntos importantes en cuanto a su origen, familia, situación real, en algunos casos hasta el nombre verdadero que no decían al inicio.

Hubieron muchos momentos en los que uno estaba a punto de perder la paciencia; recuerdo la frase de Don Bosco: «La mejor defensa contra la ira es ser lentos en desfugarla», de manera que tenía que alejarme salir un rato y volver, lo importante es que no me vieran enojada al extremo.

La presencia de Dios se sentía desde allá más cerca; recuerdo un abrazo de una niña de 4 años, quien fruto del maltrato de una madre alcohólica tenía desfiguradas las piernas, la acompañé en el hospital, al momento de salir nos abrazamos, sentí el abrazo de Dios, abrazo que marcaría mi vida.

En aquellos momentos cuando las cosas resultaban más difíciles la Biblia, un libro de Don Bosco, lecturas de motivación, conversaciones con las religiosas, me devolvían la fuerza.

Debíamos ser bastante cautelosas, en ocasiones estábamos solo las voluntarias al frente, no había hermanas, en ocasiones con los padres a quienes se les había prohibido acercarse a los niños era difícil el trato, iban a la fuerza a querer llevárselos con ellos, debíamos tener precaución y prudencia.

«La fuerza de los malos que son minoría se debe a la debilidad de los buenos, que son mayoría». La realidad cotidiana nos exigía ser fuertes y valientes ante todo tipo de situación.

Hubieron varios talleres, convivencias y encuentros con psicólogos, profesionales de trabajo social, educadores, siempre tuve un acercamiento especial con la trabajadora social, aunque al finalizar mi voluntariado me sentí llamada a la vida religiosa, pero no estaba segura, recuerdo que la Hermana Directora me dijo: «No te preocupes ni te sientas presionada a decidir ahora; regresa a tu casa, estudia, ten novio y si te sientes segura, regresa, que las puertas permanecerán abiertas».

Recuerdo las palabras del padre Robert García al término del voluntariado que cuando uno conoce la realidad de los niños y niñas, queda comprometido, y mi caso no sería la excepción, ya no me podía mantener indiferente, así nació mi vocación al trabajo y servicio social, una semana

antes de volver a casa, había decidido mi destino, con seguridad y para ir hasta el final.

En la actualidad, agradezco a aquella experiencia que marcó mi vida y dejó plasmado en mi corazón los más gratos recuerdos y enseñanzas, doy gracias a Dios que me permitió elegir bien mi destino, que sigo trabajando en lo que me gusta, actualmente soy la trabajadora social de la Fundación Salesiana Paces, y sigo participando con quienes me permitieron conocer y ser parte de la Familia Salesiana, los *Voluntarios por siempre*.

Aún es un desafío cotidiano la educación de jóvenes con distintas problemáticas, con variedad de carácter, temperamento, genera la interrogante: ¿el Sistema Preventivo aplicaría igual Don Bosco en esta época moderna, de avances tecnológicos? La respuesta es sí, con nuevas estrategias y siempre ganándose el corazón de los jóvenes.

Con Don Bosco de guía sé que podremos lograr grandes cosas.

